

En ese mundo donde se decide a cada momento la sobrevivencia, donde el ciclo de la vida se prende a la muerte en una sucesión, imperceptible casi, de mutaciones, de cambios y dependencias, ¿qué lugar se destina al civilizado forastero intruso y usurpador? «Paladino de la destrucción», se interna en la floresta con el fin de dar sentido a su existencia estéril. Lo debilitan los delirios de la fiebre, el clima húmedo, la falta del sol, la alimentación deficiente, el trabajo excesivo, la lucha contra la naturaleza opresiva. Sufre «atroces necesidades; anhelando goces y abundancia, al rigor de las intemperies», famélico y hasta desnudo. Logran algunos, después de larga vida de tribulaciones, cierta independencia económica: llegan a empresarios. Frente a la selva enemiga, sin saber a quién dar guerra, se arremeten unos contra otros, esclavizan, torturan, subyugan. A falta de mejor empleo para la agresividad reprimida, se destruyen, se matan en los intervalos de lucha contra las fieras y contra el bosque. La cultura, la inteligencia, el refinamiento del espíritu, poco, muy poco, instruyen. El único saber de redención válido en el infierno verde es aquel que subleva al hombre contra su destino, es decir, contra la circunstancia. La energía inerte, el tedio, la búsqueda de *El Dorado*, el atavismo del abuelo conquistador muchas veces explican la fuga a todas las comodidades de la civilización. Sin embargo, nada de eso asegura refugio tranquilo ni éxito brillante a los que se aventuran en la selva sin otra luz que la de su propia conciencia. Para certificarnos de la falencia, en el medio selvático, del hombre de talento superior, Rivera preséntanos a Ramiro Estévez (Ramiro, ¿el guerrero? Es posible), *super ego* de Arturo Cova, en los tiempos de escuela.

En Ramiro se dan cita las grandes virtudes humanas: la magnanimidad, la templanza, el optimismo (digna corona de Esteban, «el coronado»). Amante de todo lo que en la vida es noble, «el hogar, la patria, la fe, el trabajo», reservaba para sí los serenos goces espirituales «[...] conquistando de la pobreza el lujo real de ser generoso» (26). Oprimido, casi ciego, inútil, lo encuentra Cova en un tambo del Guaracú. No lo atormenta la ceguera: resignado, acepta el destino. Escéptico, la toma como castigo, castigo a los ojos enfermos de ver la Injusticia impune, de asistir al crimen y a la maldad. Espectador de grandes tragedias, conocía *de visu* la pavorosa crónica de las caucherías, había padecido la humillación bajo las órdenes de capataces vanidosos cuyo mérito se exalta en la fuerza y en la eficacia punitiva del azote. Ramiro Estévez se alía al ex discípulo para emprender, en su compañía, la fuga temeraria para Yanaguari.

Decidido a partir, Cova presiente el breve término de su itinera-

---

(26) *Id.*, *Ibidem*, p. 206.

rio: la amenaza de la vorágine ya se hace oír. Y es la venganza contra Barrera la que precipita los sucesos. Después de la «lucha tremenda, muda; titánica», Arturo sumerge al rival en el agua, impidiéndole respirar. Atraídos por la sangre, surgen millones de caribes. A pesar de mover las manos en gesto de defensa, «lo descarnaron en un segundo, arrancando la pulpa a cada mordisco, con la celeridad de pollada hambienta que le quita granos a una mazorca. Burbujeaba la onda en hervor dantesco, sanguinosa, turbida, trágica y, cual se ve sobre negativo la armazón del cuerpo radiografiado, fue emergiendo en la móvil lámina el esqueleto mondo, blancuzco, semihundido por un extremo al peso del cráneo y temblaba contra los juncos de la ribera como en un estertor de misericordia!» (27).

Alicia, lívida y débil, no puede soportar el espectáculo. Allí mismo le nace el hijo, prematuro. En la miseria y en el desamparo de la curiara, «su primer queja, su primer grito, su primer llanto, fueron para las selvas inhumanas». En aliento de optimismo, el pensamiento en el futuro del hijo, Cova olvida el pasado. Y afirma entonces confiante: «¡Vivirá! ¡Me lo llevaré en una canoa por estos ríos en pos de mi tierra, lejos del dolor y la esclavitud [...]» (28).

Illuminados por la esperanza, Arturo, Alicia y el niño, acompañados de los amigos fieles, permanecen algún tiempo en Yanaguari a la espera de Clemente Silva, que había prometido volver con el socorro necesario. Pero la presencia de apestados, que llegaban con sus *montarías*, los obligan a tomar la dirección del monte y buscar abrigo seguro en otra parte. Cova deja al viejo Silva su diario y un croquis de la ruta que pretendían seguir.

Como epílogo, nos comunica el autor un cable del cónsul de Colombia. Textualmente, dice el ministro: «Hace cinco meses búscalos en vano Clemente Silva. Ni rastro de ellos. ¡Los devoró la selva!»

Esa es, *à vol d'oiseau*, la intriga de *La vorágine*. Valiéndose del recurso cervantino del encuentro de un manuscrito, el diario del poeta Arturo Cova, devorado por la selva, cuenta Rivera su historia. Dos cartas sirven de prólogo a la novela: la primera, firmada por el protagonista y dirigida al cónsul de Colombia; la segunda, del autor, responsable por la publicación de los originales, al ministro de las Relaciones Exteriores, interesado en la divulgación de los escritos del infeliz cauchoero.

Los críticos han descubierto en *La vorágine* rasgos evidentes de autobiografía. Se ha encargado el autor, ingenuamente tal vez, de confirmar la hipótesis: hizo reproducir en una de las primeras páginas

(27) *Id.*, *ibidem*, p. 247.

(28) *Id.*, *ibidem*, p. 248.

del libro su fotografía en la selva con el nombre de Arturo Cova. En su entrevista con Horacio Franco, en Cali, a la pregunta: «¿La vorágine, maestro, es, efectivamente, una realidad?» Consintió: «En su casi totalidad. He visto todas esas cosas. Los personajes que allí figuran son, todos, criaturas vivas y algunos de ellos con sus propios nombres» (29).

Hay, por consiguiente, dos niveles en la estructura narrativa: uno, real, vivido; otro, ficticio. En el nivel de la realidad se sitúa la protesta social, la defensa contundente de los caucheros colombianos, privados de cualquier protección oficial, vilmente explotados por los empresarios de las caucherías, por las casas *aviadoras* y por los enganchadores y capataces de las grandes compañías.

La organización de la novela obedece, *pari passu*, a las necesidades de organización del itinerario del héroe. Somos espectadores de una perspectiva en movimiento: la sucesión de cuadros corresponde al tránsito del protagonista tanto cuanto al desdoblamiento de los personajes de que resulta la elaboración de nuevos episodios. La materia narrativa depende, en consecuencia, de la tesitura episódica y responde también a la circunstancia de tiempo y lugar. El viaje —la larga travesía de la selva— se inspira en el deseo de venganza (*stimulus*) contra Barrera y en la procura de Alicia. Los obstáculos y dificultades que exigen del héroe coraje y valor favorecen el aprendizaje. Arturo aprende, madura, se hace adulto. Sus guías: don Rafael, sexagenario y amigo de su padre; Clemente Silva, anciano venerable que le recuerda el padre; los amigos, Fidel Franco, Heli Mesa, Ramiro Estévanes; los enemigos, Pipa, Millán, el Váquiro, Funes, el Cayeno, Barrera; las mujeres, Griselda, Clarita, Zoraída Ayram, asumen todos ellos la misión de enseñarle la vida. Es la novela de la educación, de la lección: el *Bildungsroman*.

Se identifican a maravilla Alicia y la selva. Vírgenes ambas; violadas, pero indomables. Joven e impulsivo, Arturo menospreciaba a su compañera. Al saberla encinta, le observa el comportamiento, la juzga de manera distinta. Pasa entonces a apreciarla. Al perderla, descubre que la amaba. La soledad lo desespera. Empieza, movido por los celos, la ansiosa procura. Así se desencadena el proceso novelesco: en fases que se suceden se desarrolla la historia, siguiendo el típico esquema de la búsqueda, *the quest*, estudiado por Northrop Frye.

Bajo el signo de la ausencia se transfigura la imagen de la amada. La memoria le depura los trazos, le conforma el carácter. La demanda imposible adquiere paulatinamente mayor importancia que el blanco

---

(29) *El Relator*, 23-VIII-1926.